

Hoy, en el trabajo, pensó incesantemente en el Juego.

Llevaba ya varios años practicándolo. Al principio, sólo había buscado en él un apacible entretenimiento.

Estaban, naturalmente, los juegos electrónicos que se veían en locales públicos: ingenios despreciables que por unos centavos proporcionaban breves momentos de hueca diversión. La mayoría de la gente no pasaba de ahí... o no podía pasar, según sus habilidades.

El había probado esas aburridas y reiterativas luchas y no había tardado en abandonarlas. Su práctica permitía adquirir cierta destreza y un sentido táctico elemental, pero eran deplorablemente limitadas. No había nada como el Juego.

Por la mañana tuvo una reunión de negocios que discurrió con despiadada lentitud. Después vino la comida con algunos de sus socios. Eran hombres seguros de sí mismos, expertos, cuyo aplomo se reflejaba claramente en sus ajados rostros. Mientras discutían acontecimientos recientes, él se entretuvo en pensar que la política era el tiempo del hombre inteligente: un tema inagotable, siempre nuevo y siempre tópico. Se estuvo examinando las manchas oscuras de la piel de las manos y no dijo nada.

Por la tarde, perdió por completo el hilo del tema durante una entrevista con su abogado. Este translucía perplejidad cuando se separaron.

Salió temprano y se fue directamente a casa. Le esperaba una cena ligera; mantuvo una conversación fútil y cortés con su esposa, pero sin aportar nuevos temas en ningún momento. Tan pronto como le pareció adecuado, aludió a su fatiga y se fue a su estudio.

Se instaló en su butaca de cuero favorita y tiró del imponente tablero de mandos hasta situarlo de modo que pudiera alcanzarlo con toda facilidad. La pantalla casi oscurecía la vista que se apreciaba a través de los amplios ventanales. El césped tenía un color verde amarillento brillante. Los pájaros se llamaban unos a otros entre los árboles que crecían alineados en dirección al río. Los perros jugaban cerca de la verja.

El se sentó de espaldas a la puerta del estudio para desanimar a cualquiera que pudiese entrar casualmente en busca de conversación. Tenía a su lado una bebida refrescante. Y su mente estaba alerta.

El Juego dio comienzo. Se arrellanó en el asiento y realizó sus primeros movimientos sabiendo que en aquella fase disponía de tiempo suficiente. La tranquilidad del estudio hizo fáciles las crecientes complejidades del Juego y realizó incluso las sencillas victorias de las partidas de apertura. Ya no tenía dificultades en aquella etapa.

Era muy parecido a trabar conocimiento con los personajes y el escenario de una novela. El Juego presentaba cada vez diferentes culturas, diferentes premisas en cuanto a la importancia de la riqueza, del poder, del amor o de la propia vida. Cada Juego era nuevo. Los insignificantes juegos electrónicos que practicaba el público eran monótonos para él. En las décadas que habían transcurrido desde su aparición, los juegos de vídeo que podían encontrarse en los locales públicos habían mejorado un poco, pero se veían inevitablemente dominados y limitados por su clientela, en su mayoría adolescentes, que tenían tiempo para jugar pero no el refinamiento de requerir algo mejor.

Aquella noche, el esquema era particularmente absorbente. El sistema político era un marxismo tardío modificado, en el que reaparecía la división de clases. El eligió para jugar a un hombre joven, inquieto y ambicioso: su elección habitual.

En el primer lance, tenía que ingeniárselas para introducirse en el aparato del Partido. Bien sencillo. Había impedimentos, desde luego. En el Campamento de Instrucción del Pueblo, los desafíos físicos se convertían en rápidos y hábiles movimientos sobre el tablero de mandos. Aprendió a destacarse en los combates individuales situando limpiamente a sus oponentes en el laberinto de retención y entonces - pulsación - un botón apretado en el instante preciso acababa con ellos.

Obtuvo una buena plaza que le situaba a un nivel medio en la jerarquía. Por tratarse de un joven, lo hacía muy bien.

Después tuvo un lío amoroso con Lisa, la querida de un comisario regional. Le dominó la sensualidad. El Juego conocía para entonces sus gustos y las imágenes de Lisa se apoderaron de sus ojos, pese a que él sabía que debería estar captando otro tipo de información del tablero. La cara de la mujer era un conjunto de curvas serenas y su piel era suave y brillante.

Tenía que mantener aquello en secreto. Se sabía que el comisario era celoso y vengativo; el hombre se había enterado de pasados enredos de Lisa y con gran astucia había logrado que se procesara a cada uno de los ex amantes por delitos contra el Estado. La mayoría de ellos habían desaparecido en circunstancias misteriosas.

Afuera, el crepúsculo se convirtió en oscuridad mientras él se abría camino a tientas a través de aquella sociedad. Había ventajas que conocía por experiencia: un poco de mercado negro aquí, una hábil maniobra allá, un informe polémico presentado en el momento adecuado, que forzaba a su inmediato superior a dimitir...

El Juego era caro, y ello contribuía también a aumentar su satisfacción. El Juego era tan inteligente como un ser humano - quizás incluso más - dentro de su reducido y circunscrito universo. Funcionando a plena actividad, el ordenador desplegaba sus enormes recursos para igualar su agilidad mental. Se acomodó con negligencia en la butaca, sintiendo la cálida caricia del viejo cuero, dejando lánguidamente que el estudio fuese desapareciendo y enfrascándose más y más en el Juego a cada movimiento que hacía.

Pulsación... y escaló posiciones en el sistema.

Pulsación... y estableció contacto con algunos miembros de la oposición.

Actuar en el momento preciso, ésa era la clave. Un instante de precipitación y el cúmulo de acontecimientos subsiguientes desenmascararía sus movimientos y pondría sus intenciones en evidencia. Uno de dilación y su oportunidad perdida sería aprovechada por un inferior, lo cual perjudicaría su posición.

Gran parte de todo ello quedó expuesto en la pantalla mediante configuraciones de colores cristalinos que indicaban probabilidades. Tomaba sus decisiones - pulsación - con rapidez. Tácticas. Maniobras. Sentía como deslizándose sobre la espuma de los rápidos de un río, con la atención saltando de un punto a otro del tablero de mandos, calibrando cada maniobra... y efectuando movimientos sin cesar, una y otra vez.

Aquella noche el Juego era mejor que nunca. Le presentaba problemas en el trabajo, intrigas políticas en el Partido, posibilidades de obtener ganancias en el mercado negro. Arriesgado, sí, pero ingenioso.

Podía perder en cualquier momento. Pero no perdía. No importaba cuántos movimientos tenía pensados el Juego; él se anticipaba. Siempre había una salida, un modo de ganar, o, por lo menos, de evitar la derrota. Esta era la única regla: tenía que haber una solución.

En algunos puntos, el Juego era más lento de lo habitual. El sabía que esto era así porque su pericia igualaba la habilidad del aparato. El Juego tenía que emular la vida en toda su complejidad y efectuar tipos de jugada no utilizados anteriormente.

Cualquier red suficientemente compleja llega, con el tiempo, a parecer una entidad independiente. Era provechoso considerar consciente al ordenador. Sus intrincados enlaces tenían personalidad propia, y no les gustaba perder. A lo largo de los años, él se había complacido en creer que se había establecido una relación entre él y la constantemente mejorada red del ordenador. Juntos habían agudizado sus respectivos ingenios.

Ahora él estaba forzando hasta el límite a su oponente. Una vez franqueado ese límite podría vencer. Y aquella noche sabía que vencería.

Se reunió con Lisa en un apartamento que él había alquilado, bajo un nombre falso y con esa única finalidad. Sus noches juntos le inflamaban la imaginación. Al abandonar el apartamento a la salida del sol, sin embargo, vio que le seguían.

Había varias explicaciones. Alguien de la policía, quizá. ¿O una filtración en la oposición?

¿O algún subordinado tratando de descubrir algún vestigio de escándalo? Tal vez.

Era una ocasión para mostrarse diestro, sutil. Sólo una pulsación...

Tendió trampas para estas dos eventualidades.

No sucedió nada.

Continuó viéndose con Lisa siempre que ella conseguía arreglárselas para librarse del comisario. El hombre la retenía a menudo en su finca campestre, esperando tener tiempo para ella.

Ella hacía escapadas a la ciudad con tanta frecuencia como le era posible. Las medidas que tomaban para verse se elaboraban con toda minuciosidad y les proporcionaban tanta seguridad como sus años de experiencia le permitían.

Sin embargo, había más indicios. El acudió a su creciente imperio personal, a su red de informadores y a su relación con aquellos a los que había podido ayudar y que ahora gustosamente le devolverían el favor.

Todo esto lo había hecho ya en juegos anteriores. Pero esta vez, esta noche - tuvo que levantar la vista hacia las negras ventanas para recordar que era de noche - había corrientes ocultas casi imperceptibles, cambios sutiles, flujos de dinero y de poder que él no comprendía.

Ahora estaba absorto. No notaba el fresco procedente de las grandes ventanas, ni sentía el cuero cálido y familiar de la butaca. Estaba completamente vivo, con los agudos instintos atentos a cualquier posible aviso de dificultades en su trabajo, en sus habituales relaciones sociales y en los detalles cotidianos.

Se apoderó de él una vibrante vitalidad y los años de rutina quedaron muy lejos. El Juego se superaba aquella noche. El percibía la enorme inteligencia de detrás del tablero, vigilando, retirándose cuando él atacaba y sin entregarse nunca. Paciente.

Los ordenadores tenían estilo propio, igual que lo tenía él. El Juego evitaba los métodos brutales. Habitualmente, le dejaba practicar determinada táctica durante un rato, estudiándola antes de combatirla abiertamente. El Juego prefería las respuestas que volvían contra sí la lógica de la estrategia. A menudo parecía estar juguetón, ingenioso, como si dijera: ¿Has considerado este movimiento?

Fue Lisa quien notó el pequeño error. Reconoció uno de los coches del comisario aparcado a distancia, con un hombre sentado al volante. El hombre no estaba mirando hacia ellos dos, arriba en la terraza, pero esto no importaba. Lisa sólo lo conocía de haberse cruzado con él en cierta ocasión, pero era buena fisonomista. El comisario probablemente creyó que servirse de ese hombre era un riesgo desdeñable.

El miedo también formaba parte del Juego. Habría sido muy sencillo abandonar a Lisa, hacer marcha atrás y buscar otro camino hacia el éxito. Al fin y al cabo, había muchas mujeres. Pero actualmente estaba unido a ella de un modo que no se podía describir ni a sí mismo. ¿Escabullirse? ¿Desprestigiarse ante la inteligencia que había detrás del Juego...?

No. Empezó a jugar a gran velocidad, repitiendo con pericia pautas de juego que había utilizado con anterioridad.

Era importante no demostrar miedo. Continuar usando tácticas que tenían su estilo habitual. No dar ningún indicio de sus preparaciones.

Tenía que eliminar al comisario. La aguda inteligencia del Juego consideraría aquella posibilidad con anticipación, aunque, probablemente, una jugada como aquella no parecería propia de él, cuyo estilo personal se acercaba más a los procedimientos graduales que permitían ir acumulando ventajas lentamente hasta el momento del desenlace.

Por lo tanto, haría lo opuesto. En vez de ordenar cuidadosamente sus recursos, atacaría con rapidez, audazmente, de forma impropia de sus métodos habituales. Pero usaría las previsiones del ordenador en contra de éste. Parecería estar siguiendo una pauta acostumbrada. Efectuaría una serie de movimientos lentos, movimientos que el Juego esperaría de él.

Comenzó a urdir una intriga razonablemente tortuosa, comprometiendo en ella a una docena de funcionarios. Ello apuntaba a implicar al comisario en un intercambio de información secreta con un país cercano. Anteriormente se había servido de un recurso similar con gran éxito.

Al mismo tiempo, ideó un segundo plan en el que debían participar el mínimo de personas. Lisa era la única en quien podía confiar. Su estilo consistía siempre en el uso de caminos trillados, así que el segundo plan tenía que ser audaz y de efecto

inmediato.

Pulsación.

Sus caminos se cruzaron a la hora del crepúsculo, en una posada en el campo. El había abandonado su coche en el otro lado de la ciudad y había cogido un autobús y después un tren. Lisa acababa de llegar de la finca del comisario.

La mujer dejó un objeto en forma de pirámide encima de una mesa del vestíbulo, manteniendo la vista al frente, y después fue a cenar. No dirigió hacia él ni la más breve mirada. El cálculo de tiempo era perfecto. El cogió la pirámide al salir instantes después.

El hombre que iba con Lisa - el guardián que el comisario le había destinado - permanecía en el coche leyendo el periódico. Ella iba a cenar con unos amigos y en tales circunstancias, el guardián habría quedado desplazado. Ni siquiera levantó la vista cuando una sombra salió por la puerta lateral hacia los árboles cercanos.

El corrió los dos kilómetros a través del tupido bosque mientras el crepúsculo se convertía en noche. Las ramas le arañaron la cara. Un búho ululó a su paso, pero no hubo señal alguna de que hubiese sido descubierto. Jadeando, pensó en Lisa, cenando con toda calma, alargando el intervalo hasta que fuese necesaria la llave-pirámide para darle entrada de nuevo a la finca. Recordó su cabello negro, el arco elevado de sus pómulos y su pasión hipnótica.

Usó la llave-pirámide para desconectar los detectores. En la oscuridad, no tenía más que la luz de las estrellas y el recuerdo de dónde estaban situados los monitores del sistema de alarma para guiarse. Reconoció la pequeña colina cerca del río y corrió rodeándola, manteniéndose a cubierto.

Allí estaba la línea de árboles que llevaba hasta la gran casa. Las habitaciones de la planta baja no se utilizaban y, en efecto, como ella había dicho, estaban a oscuras.

Volvió a utilizar la llave-pirámide para abrir la verja. La puerta se abrió silenciosamente.

Avanzó por el paseo, evitando la grava, y dio vuelta hacia la parte trasera de la casa. La puerta de la cocina cedió. No había nadie por allí. Atravesó una habitación lateral, donde la vajilla de plata esperaba ser limpiada. Giró a la izquierda. Sí... el gran comedor. Después, un pasillo de cuyas paredes colgaban retratos de ceñudos personajes. Una alfombra lujosa que conducía a una escalera. Sus pies no hicieron ningún ruido al subir.

Sacó la pistola. Apoyada contra la piel, disparaba un veneno a los nervios que no

dejaba ninguna huella.

Aquí giró a la izquierda. Una puerta cerrada. Por la ranura inferior se filtraba una luz amarillenta. No se oía ningún ruido dentro. Hizo girar lentamente el tirador. Bien engrasado, como ella había dispuesto. El pestillo se deslizó.

Entonces se movió con rapidez. Las imágenes le llegaron con precipitación.

Una butaca de color pardo. Libros alineado en torno del estudio. Grandes ventanas que mostraban la negrura del exterior. La cabeza del hombre viejo, de cabellos blancos, no estaba echada atrás contra el respaldo, sino que estaba inclinada adelante, concentrándose en el tablero que tenía enfrente, con el arrugado cuello expuesto, el rostro pensativo, atento, absorto, como si estuviese esperando la...

Pulsación.